

COMENTARIO

por Hugo Daniel Jacobaccio (*)

Era necesario un trabajo que encarara el tema del cambio social en la Quebrada de Humahuaca que, siendo uno de los lugares con mayor intensidad de trabajos en la historia de la arqueología argentina, cuenta con, comparativamente, pocos trabajos comprensivos. La investigación de Nielsen plantea preguntas nuevas y ofrece algunas respuestas a viejos problemas. Es una virtud de la misma tratar de escapar de los esquemas descriptivos que no explicaban demasiado sobre la realidad cultural del pasado. Mis comentarios se limitan a una serie de puntos que, desde mi punto de vista, deberían contemplarse para situarlo en perspectiva.

El trabajo sigue una metodología inductiva, aparentemente siguiendo la operatividad propuesta por Willey y Phillips (1958: 4): (1) *Observación*: Trabajo de Campo; (2) *Descripción*: integración Histórico-Cultural y (3) *Explicación*: Interpretación procesual. Aunque se manifiesta desde el comienzo que se plantea estudiar "la estructura espacial del registro arqueológico" no se formulan expectativas derivadas de teorías generales o de rango medio. La explicación, entonces, aparece como una serie no necesariamente relacionada de argumentos *post-hoc* que son utilizados para dar sentido a un grupo de datos que difícilmente puedan justificarlos. Por lo demás, quisiera comentar aquí dos puntos que hacen a la etapa de descripción (en este caso integración de las fases) y de explicación (proceso de relocalización).

El primer punto es relativo a la definición de las fases como sección temporalmente significativa. El autor especifica que se basa para su construcción en "...tendencias temporales observadas en conjuntos asociados a 23 fechados radiocarbónicos..." y que, a partir de este análisis, pudo aislar "...un número limitado de estados de atributo que se presentan exclusivamente durante lapsos acotados..." Examinando los datos ofrecidos surgen algunas dudas respecto de la operatividad del modelo cronológico:

(*) Sección Arqueología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

1. Algunas fases están compuestas por un número muy pequeño de dataciones e, incluso, de componentes. La Fase Vizcarra está compuesta por un solo sitio y un solo fechado radiocarbónico y la Fase Muyuna por dos sitios y dos fechados. En estos casos la muestra es notablemente insuficiente como para pretender construir una faja temporal, ya que, si queremos construir una fase de 200 años con fechados que tienen un sigma de 60 años se requieren mínimamente 7.5 dataciones para que sea estadísticamente confiable (Bayliss y Orton 1994). El resto de las fases debería ser calibrado estadísticamente para aclarar si las mismas se separan significativamente unas de otras en términos cronológicos porque, como veremos, esto no se deduce fácilmente.

2. Las edades calibradas con dos sigmas (95% de probabilidad) se distribuyen homogéneamente a través del tiempo; es decir, que los rangos de las fechas se superponen sin límites evidentes. Por lo tanto, todas las divisiones cronológicas de las fases son arbitrarias y no sólo la de 1350 DC como admite el autor. De esta manera la asignación cronológica de ciertos estados de atributo no sería todo lo nítida deseable. Esto tiene consecuencias importantes porque tales estados de atributo son utilizados luego para ubicar cronológicamente sitios que no tienen fechados radiocarbónicos creando una situación de ambigüedad con tal procedimiento. El trabajar con un grupo de atributos o artefactos diagnósticos es una vieja tarea en arqueología desarrollada por el sueco Gustav Montelius a finales del siglo XIX y conocida por el "método tipológico" (Trigger 1989). El problema surge aquí en que las agrupaciones no están determinadas por hallazgos cerrados, su atribución cronológica es ambigua y se trabaja con escala nominal. Además, el autor no demuestra que la causa principal de variación en la presencia o ausencia de ciertos estados de atributo sea temporal. Por otra parte, hay una implícita concepción de que estas fases representan procesos culturales discretos y continuos como entidades unificadas similar al funcionamiento de una cultura, definida ésta en términos tradicionales (cf. Jones 1995).

Para explicar los cambios notados en la distribución espacial del registro arqueológico que, básicamente son distribuciones de sitios, el autor plantea un argumento interesante y persuasivo; éste es que tales cambios -surgimiento de asentamientos concentrados, etc- no se deben a un aumento demográfico a partir de los 1300 DC, sino a un proceso de relocalización de la población que abandona ciertas localidades y se concentra en otras. Esto traería como consecuencia una intensificación en la producción agrícola y ganadera y que ambos procesos tendrían un correlato en el orden político. La concentración demográfica del siglo XIV tendría como consecuencia la "formación de un nuevo orden social y político".

Las dudas que surgen en relación a esta cadena de acontecimientos son ¿por qué se produce la relocalización? y ¿por qué intensificar la producción?. El trabajo no produce respuestas claras a la primera pregunta, más allá de mencionar "una tendencia multiseccular a la concentración de población". Esto lleva a la tautología de explicar cambios sociales sobre la base de procesos sociales en lo que parece ser una

reformulación de cierta versión durkheimiana del cambio social: este se produce debido a la inercia social de transformación. No quiero negar enfáticamente que esto no ocurra parcialmente en muchos casos; sin embargo, es necesario evaluar otro tipo de evidencia para aceptar esta hipótesis.

Datos climáticos interesantes (no digo directa y necesariamente aplicables, pero si sugerentes) surgidos del estudio de dos núcleos de hielo en los glaciares de Quelccaya (Perú) indican que un período más húmedo que el actual se dio entre los 760 y 1040 DC y que un período seco siguió entre 1160 y 1500 DC, siendo particularmente árido entre 1250 y 1310 DC (Thompson et al. 1985), que es justamente el momento en el cual se registran los cambios aludidos. No digo que pueda establecerse una relación causal directa, pero si pueden ser tenidos en cuenta para elaborar modelos complejos sobre el cambio social.

La segunda pregunta tampoco encuentra una respuesta clara, ya que no hay evidencia dura sobre la cantidad y el posible aumento de la producción agrícola. La evidencia de "sitios especializados" como Coctaca y otros, si bien se toma como ejemplo de este proceso, no es concluyente como para garantizar los argumentos sobre sus consecuencias. El caso de Coctaca es paradigmático, dado que no conocemos bien la secuencia de construcción del sitio (para algunos arqueólogos como Raffino [1988] se trata de un desarrollo principalmente incaico) y si se utilizaba en su totalidad o parcialmente.

A partir de esta aparente intensificación el "nuevo orden social y político" resultante estaría marcado por los ajuares de tumbas y los artefactos suntuarios. Si bien esto es sumamente plausible, las distintas clases o propiedades de los artefactos pueden señalar diferentes límites sociales, no sólo de clase o jerarquía, sino étnicos (Perlstein Pollard 1994) y los ajuares de tumbas también representan otras dimensiones de la sociedad como las concepciones filosófico-religiosas además de las sociales (Carr 1995), aspectos que deberían ser discutidos antes de producir argumentaciones directas sobre su capacidad para ser considerados "marcadores sociales".

Se extraña la ausencia de múltiples hipótesis alternativas para tratar de abarcar mejor los complejos desarrollos sociales que aquí se tratan de explicar. Es una gran virtud del trabajo identificar estos problemas y ensayar una vía de resolución, pero de la metodología inductiva empleada resulta, en definitiva, que muchas de las argumentaciones sobre el cambio social resulten ambiguas, ya que otras posibilidades no fueron discutidas.

BIBLIOGRAFIA

Bayliss, A. y C. Orton.

1994. Strategic consideration in dating: or "How many dates do I need?" *Institute of Archaeology, Bulletin* 31: 151-167.

- Carr, C.
1995. Mortuary Practices: Their Social, Philosophical-Religious, Circumstantial, and Physical Determinants. *Journal of Archaeological Method and Theory* 2: 105-200.
- Jones, S.
1995. Discourses of Identity in the Interpretation of the Past. En: Cultural Identity and Archaeology: *The Construction of European Communities* (ed. por P.G. Buron; S. Jones y C. Gamble), pp. 119-153. Routledge, London.
- Perlstein Pollard, H.
1994. Ethnicity and Political Control in a Complex Society: the Tarascan State of Prehispanic Mexico. En: *Factional Competition and Political Development in the New World* (ed. por E.M. Brumfiel y J.W. Fox), pp. 79-88. Cambridge University Press, Cambridge.
- Raffino, R.A.
1988. *Poblaciones Indígenas en Argentina*. TEA, Buenos Aires.
- Thompson, L.G.; E. Mosley-Thompson; J.F. Bolzan y B.R. Koci.
1985. A 1500 year-Record of Tropical Precipitation in Ice Cores from the Quelccaya Ice Cap, Peru. *Science* 229: 971-973.
- Trigger, B.C.
1989. *A History of Archaeological Thought*. Cambridge University Press, Cambridge.
- Willey, G.R. y P. Phillips.
1958. *Method and Theory in American Archaeology*. The University of Chicago Press, Chicago and London.